

FILOXERA, UN INSECTO KAFKIANO

Por Ricardo Romero

Corría el año 1862 y muchas cosas más importantes ocurrían en el mundo. Las plagas eran otras, acaso los mismos hombres. En el Paraguay, se gestaban los conflictos que arrasarian años más tarde con toda la población masculina, convirtiendo al país en un asilo de viudas y niños alucinados por la muerte que los apadrinaba. En África, las líneas divisorias eran trazadas una y otra vez por holandeses, belgas, ingleses y alemanes, y bajo cada inofensiva línea del mapa sucumbían los dueños del continente. En los Estados Unidos, la Guerra de Secesión aniquilaba 600.000 hombres, muchos de los cuales acababan de bajar de los barcos de inmigrantes y antes de pisar suelo norteamericano, mucho antes de siquiera hablar inglés, se comprometían a dar su vida por esa nueva patria desconocida. La muerte tenía otros nombres cuando Borty, un comerciante de vinos francés, importó esquejas de cepas americanas y los plantó en sus viñedos de Ródano, con lo que la filoxera, que vivía en las raíces de las plantas, se extendió por toda Francia.

A partir de ese año, la vinicultura europea fue devastada por este insecto, conocido en un principio como *Phylloxera vastatrix*, y hoy como *Dactylasphaera vitifoliae*, de la familia de los *Peritymbia vitifolii*, aunque su nombre de divulgación es filoxera. La filoxera es un parásito de la vid que se alimenta, desde la raíz, de los jugos destinados a los órganos aéreos de la planta, provocando una sequía interna que, junto con la posterior invasión de hongos y bacterias, llevan la muerte a la vid.

El desastre fue tan grande que el Ministerio de Agricultura francés ofreció una fortuna (en 1874, la cifra ascendía a 300.000 francos) a quien fuera capaz de descubrir la cura de este mal. La producción de vino de toda Europa y, a la larga, de todo el mundo, fue puesta en jaque. Esto no es un dato menor si tenemos en cuenta la importancia que el vino ha tenido para la humanidad. Basta con recordar lo que el historiador griego Tucídides proclamó en el siglo V a.C.: “*Los pueblos del Mediterráneo empezaron a emerger del barbarismo cuando aprendieron a cultivar la oliva y la vid*”. Mitos y dioses, literaturas de todas las culturas y épocas le han dado siempre su genealogía divina, a la par de la del hombre. Y ni que hablar de su importancia dentro de la economía mundial, habiendo poblaciones enteras dedicadas a su elaboración. También hay que tener en cuenta todos los aspectos culturales que rodean no sólo a la producción sino también al consumo del vino. Más allá de las innumerables asociaciones con la fraternidad entre los hombres, el amor y con todo tipo de hedonismos, se puede señalar como ejemplo de los increíbles devenires y tribulaciones que ha gestado, el hecho de que en la segunda mitad del siglo XIX se patentaron más de 300 versiones de sacacorchos (interesantísima es la historia de este instrumento, que podría ser tema para otra nota) habiendo hoy en día coleccionistas de todo el mundo que pagan fortunas por algunos de esos prototipos. Por lo tanto, fueron muchas cosas más lo que la filoxera puso en peligro. Variadas y prodigiosas fueron las soluciones inventadas, absurdas, caras y muchas veces más peligrosas que la filoxera misma¹, hasta que el botánico francés Emile Planchon encontró la forma de neutralizar sus efectos

¹ Para mayor información sobre los funambulescos avatares de esta historia, ver *Phylloxera, How wine was saved for the world*, de Christy Campbell, Harper Collins Editores, Inglaterra, 256 págs. No se conoce traducción al castellano.

inertando las cepas en raíces americanas capaces de sobrevivir a ella. Sin embargo, la filoxera dejó su huella. Hoy en día es casi imposible conseguir vinos pre-Phylloxera.

Pero otros fueron también sus secretos y trágicos efectos, según las teorías de Ludovic Loroix, científico francés devenido en crítico literario, y es aquí donde a orillas del Aqueronte la poesía y el vino vuelven a encontrarse.

En 1855, Charles Baudelaire publicó la primera edición de *Las flores del mal*, libro que inauguró la poesía moderna y produjo un escándalo que llegó a los tribunales de la época. Tanto Baudelaire como sus editores fueron condenados por “ofensa a la moral pública y a las buenas costumbres”. Tuvieron que suprimir los versos que contuvieran expresiones obscenas y pagar multas. En este libro fundamental en la historia de la literatura, Baudelaire dedicó varios poemas al vino. En uno de ellos, “El alma del vino”, Baudelaire pone en boca de este espíritu la siguientes palabras: “*En ti caeré, vegetal ambrosía, / grano precioso arrojado por el eterno Sembrador, / para que de nuestro amor nazca la poesía, / que brotará hacia Dios como una rara flor.*” En otro de los poemas, “El vino del asesino”, el poeta clama: “*Nadie me puede comprender. ¿Uno solo / de entre estos borrachos estúpidos / sueña en sus noches mórbidas / en hacer del vino un sudario?*” Estos y otros versos, pusieron en la pista a Ludovic Loroix. Baudelaire murió en 1867, víctima de un ataque cerebral que los médicos de la época adjudicaron a una posible sífilis. Había quedado hemipléjico, y sólo podía hablar con dificultad y de manera confusa. Sin embargo, Loroix, que estudió las derivaciones de la filoxera y su increíble capacidad de mutación, adjudicó la enfermedad de Baudelaire a ella. Extraños, tortuosos y laberínticos son los caminos que según Loroix llevaron a la filoxera a convertirse en un parásito depredador del alma humana. Es difícil precisar en que momento sus estudios pasaron de la química y la botánica, a la alquimia y la metafísica. En sus trabajos finales, la poesía y el vino adquieren un mismo rango ontológico, que encuentra su apoyo en los versos de Baudelaire. El poeta es entendido entonces como la vid de raíces socavadas. En el silencio final de Baudelaire, en esa muda locura que “*anudó su lengua de oro*” según las palabras del escritor argentino Abelardo Castillo, en su novela *El que tiene sed*, Loroix encontró una correspondencia con la locura final de Nietzsche. Todas estas teorías de Ludovic Loroix lo aislaron de los círculos tanto científicos como literarios de su época, a principios del siglo XX. Su intención de encontrar una razón poética a cuestiones científicas, y a la vez una razón científica a cuestiones poéticas, lo convirtieron en un paria. Murió en 1914, en un confuso episodio en una cantina de los barrios bajos parisinos, y si bien sus teorías distan mucho de ser consideradas hoy en día, más allá de sus arbitrariedades y fantasías, recogieron todo el temor de una época, frente a la indiferente voracidad de un insecto. La poesía y el vino, sino en la realidad, en la mente afiebrada de un poeta menor, se encontraron otra vez más allá de las palabras.

Los tiempos cambian, y el mundo sigue siendo un territorio propicio para todo tipo de plagas y pestes. Y es tan insólito su devenir, que las plagas que alguna vez fueron plagas, hoy son cura o milagro de la naturaleza. Desde 1993, en la localidad de Benicarló, en España, se edita un fanzine cultural llamado *Filoxera* que utiliza el trueque para su distribución y que regala junto con cada ejemplar, diferentes objetos de uso práctico, como botones y cucharitas para helado. Lo que mató alguna vez a la poesía, según las teorías de Loroix, hoy, en modesta escala, la salva, propagando la pluralidad en las chaturas del mundo, mientras la rara flor de Baudelaire alumbró la mano de quien sostiene la copa. En la perfección de ese instante, sólo queda considerar si el vino envicia al hombre o si el hombre envicia al vino.

